

El Día 29/6/81

Evita: música y política

La obra de Tim Rice —que algunos podrán llamar comedia musical, y otros ópera moderna, o casi—, para juzgarla es menester enfrentarla desde dos puntos de vista: en primer término como espectáculo con sus valores teatrales, y en segundo lugar con criterio político.

Dirigida por un director norteamericano, Harold Prince, con coreografía (estupenda) del igualmente norteamericano, Ken Urmston, con una primera figura argentina, Valeria Lynch, casi puede antojarse una representación de una compañía extranjera de visita en nuestro país. Bueno, imaginemos que lo sea efectivamente: una compañía extranjera que habla español y deja sus ganancias en México. Y para todos los carentes de medios para viajar, nos ofrece un espectáculo con las mismas virtudes, o tal vez mayores, que tuvo en Broadway.

Pues bien, ¿cuáles son sus virtudes? He de admitir mi desorientación de los primeros minutos. Me parecía una puesta en escena caótica. Pero muy pronto me di cuenta que este desorden era muy ordenado, muy organizado. ¡Era un estilo! A la mitad del primer acto ya estaba completamente convencida de hallarme ante un montaje original, novedoso, aunque existen en él elementos ya usados por otros, hasta por Piscator. Más, cuando se recupera el pasado resulta novedoso, como las escenas de "masas" a lo Piscator. (No olvidemos que el director alemán del "Teatro Político" vivió en Nueva York durante toda la segunda guerra, donde dirigió un estudio y muchos de los actuales hombres de teatro fueron sus alumnos). El director, Harold Prince, divide el escenario en múltiples áreas, y cada área es ocupada por otros actores, por otros sucesos escénicos simultáneamente, lo que en su totalidad ofrece un dinamismo muy sugestivo. Los elementos colectivos son relativamente reducidos, pero Prince los completa con proyección. Por ejemplo, cuando Evita habla en el balcón de la "Casa Rosada", una veintena de partiquines en el inmenso escenario de "Los Ferrocarrileros", se hacen pocos. Mas, cuando los completa con proyecciones históricas de las manifestaciones en la Plaza de Mayo, donde se reunían multitudes imponentes, para ovacionar a su "hada madrina", la sugestión queda lograda. Igualmente sugestivo resulta ese escenario desnudo, con todas las maquinarias de luces por toda escenografía. Hay algo de duro y de sombrío en todo ello. Aunque realizada sobre los originales de Timothy O'Brien y Tazena Firth, el responsable de su recreación y manejo en México es David Antón, quien en el presente año se muestra muy activo.

Casi la totalidad de la prosa resulta cantada, lo que da ese tono de ópera que nos recuerda a "Jesucristo Superestrella". Desde luego es de lamentar tanto ruido que hacen los micrófonos puestos a todo volumen. Pero ello se explica por la inmensidad de la sala que carece de una adecuada acústica, y el público sentado en las filas posteriores sólo puede oír con el aumento de volumen de las voces. La música de Andrew Lloyd Webber es bellísima. El público sale canturreando, sobre todo la canción "No llores por mi Argentina" que interpreta con mucho dramatismo la protagonista. Y en cuanto a Valeria Lynch tiene

una hermosa voz, y ejecuta la difícil partitura con unos bríos y un temperamento de gran cantante y de gran actriz. (Quizá en otra oportunidad tendré la suerte de escuchar a Rocío Banquells). A Valeria Lynch no le queda en zaga Jaime Garza, estupendo como el Che Guevara. Pero no deja uno de preguntarse si realmente fue necesario introducir la figura del legendario guerrillero como un orador brechtiano, y un poco como el alter ego de Evita. Todo ello se pudo representar con cualquier personaje de ficción, por más que se trata de darle un valor simbólico. Tanto Jorge Pais, como el coronel Juan Domingo Perón; César Milán como el cantante de tangos Magaldi y Carmen Delgado como la amante de Perón, fueron correctos.

¿Y desde el punto de vista político? Perón y Evita eran dos personajes demasiado célebres en el ámbito internacional para no despertar pasiones en la sala. Los peronistas consideraron la obra como una ofensa no sólo a Evita, sino a su patria, Argentina, y hasta a toda América Latina. Los antiperonistas llegaron a considerar que la imagen de Evita planteada por el autor resultaba demasiado bella y la protagonista no merecía tanta simpatía. ¿Y en realidad, cuál es el auténtico punto de vista? Creo personalmente que el autor trató de ser objetivo. Y nada más difícil que la objetividad. A los datos —auténticos o no— que presenta, se va agregando una imperceptible sugestión, una atracción por una personalidad de un increíble destino. Ciertamente la figura de Eva Duarte de Perón es un mito. Pero los mitos también necesitan apoyarse en elementos válidos. Evita poseía una fuerza de carácter, una ambición, una capacidad de trabajo y una capacidad de asimilación de las enseñanzas de la vida, tanto políticas como sociales que le permitieron desenvolverse con rapidez en los medios donde la colocó el destino, e interpreta con entusiasmo el papel que le asignaron. Ese destino puso en manos de una persona salida del pueblo, hija ilegítima, casi sin educación ni cultura, un poder como muy pocas mujeres la tuvieron a lo largo de la historia humana. Y el poder subyuga, fascina, no sólo a los simples sino a los intelectuales, y hasta a los mismos poderosos. Y Tim Rice no pudo escapar a ese ciego "encanto", a esa impalpable sugestión, pese a todo su deseo de objetividad. Y pese a sus exageraciones en el lado malo (la inmoralidad que se le atribuye a Evita, hoy la comete cualquier muchachita de buena familia que tiene ganas de "vivir su vida"), no pudo escapar a un imperceptible sentimiento de simpatía y de fascinación.

A Tim Rice, y tal vez a W. A. Harbinson, de quien fueron tomados los datos de su *¡Evita!, A legend for the Seventies*, no se les puede reprochar tanto lo que muestran, como lo que dejan de mencionar. Por ejemplo, Juan Domingo Perón no conquistó el poder ganándole la silla a uno de sus camaradas militares (como lo sugiere una de las escenas) sino porque se ganó la confianza de la clase trabajadora desde su Ministerio de Trabajo. Y ya desde la presidencia, conquistó a "pulso" al pueblo argentino, a los humildes y "descamisados", dándoles leyes, trabajo y dignidad. Lo que muy pocos gobernantes han hecho en toda América Latina.